

A stylized portrait of a man with short hair, looking slightly to the right. The portrait is rendered in a sketch-like style with blue and yellow outlines and grey shading. The background is a mix of yellow and black. The title 'Thémata.' is written in a large, bold, black serif font at the top left. Below it, 'Revista de Filosofía' is written in a smaller, black serif font. At the bottom right, there is a block of text in a bold, black serif font, followed by 'ESPECIAL THÉMATA' and '2022' in a smaller, black sans-serif font.

Thémata.

Revista de Filosofía

**La transmisión filosófica.
Pensamiento de
Javier Hernández-Pacheco Sanz**

ESPECIAL THÉMATA
2022

Thémata.

Revista de Filosofía

La transmisión filosófica. Pensamiento de Javier Hernández-Pacheco Sanz

Alejandro Martín Navarro (Coord.)

ESPECIAL THÉMATA

2022



ISSN 0212-8365

e-ISSN 2253-900X

DOI: 10.12795/themata

revistascientificas.us.es/index.php/themata

<https://editorial.us.es/es/revistas/themata-revista-de-filosofia>

Thémata. Revista de Filosofía nace en el año 1983 con la intención de proporcionar a quienes investigan y producen en filosofía un cauce para publicar sus trabajos y fomentar un diálogo abierto sin condicionamientos ideológicos. En sus inicios participaron en el proyecto las Universidades de Murcia, Málaga y Sevilla, pero pronto quedaron como gestores de la revista un grupo de docentes de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla.

Una preocupación constante de sus realizadores ha sido fomentar los planteamientos interdisciplinares. La revista ha estado abierta siempre a colaboradores de todas las latitudes y ha cubierto toda la gama del espectro filosófico, de lo que constituye una buena prueba la extensa nómina de autores que han publicado en sus páginas. En sus páginas pueden encontrarse trabajos de todas las disciplinas filosóficas: Historia de la Filosofía, Metafísica, Gnoseología, Epistemología, Lógica, Ética, Estética, Filosofía Política, Filosofía del Lenguaje, Filosofía de la Mente, Filosofía de la Ciencia, Filosofía de la Historia, Filosofía de la Cultura, etc. También ha querido ser muy flexible a la hora de acoger nuevos proyectos, fomentar discusiones sobre temas controvertidos y abrirse a nuevos valores filosóficos. Por esta razón, los investigadores jóvenes siempre han encontrado bien abiertas las puertas de la revista.

Equipo editorial / Editorial Team Bases de Datos y Repertorios

Director honorario

Jacinto Choza Armenta
jchoza@us.es

Director

Fernando Infante del Rosal
finfante@us.es

Director Adjunto

José Manuel Sánchez López
themata@us.es

Subdirectores

Jesús Navarro Reyes
jnr@us.es

Inmaculada Murcia Serrano
imurcia@us.es

Jesús de Garay
jgaray@us.es

Bibliográficas internacionales

Emerging Sources Citation Index (Web of Science Group-Clarivate Analytics)
Dialnet (España)
Francis, Philosophie. INIST-CNRS (France)
Philosopher's Index (Bowling Green, OH, USA)
Directory of Open Access Journals (DOAJ)
Repertoire Bibliographique de Philosophie (Louvain, Belgique)
Ulrich's International Periodicals Directory (New York, USA)
DialogJournalNameFinder (Palo Alto, CA, USA)
Periodicals Index Online (Michigan, USA)
Index Copernicus World of Journals
Gale-Cengage Learning-Informe Académico Academic Journal Database
DULCINEA
Google Scholar
Electra
Bulletin signaletique. Philosophie, CNRS (France)

Bibliográficas nacionales

ISOC – Filosofía. CINDOC (España)

De evaluación de la calidad de revistas

CARHUS Plus
ERIH PLUS Philosophy (2016)
REDIB
Latindex 2.0
MIAR
CIRC
DICE

Política editorial y directrices para autores/as, al final de la revista.



Facultad de Filosofía. Universidad de Sevilla
Departamento de Estética e Historia de la Filosofía
Departamento de Filosofía y Lógica y Filosofía de la Ciencia
Departamento de Metafísica y Corrientes Actuales de la Filosofía, Ética y Filosofía Política
Camilo José Cela s/n, 41018 Sevilla (España)
e-mail: themata@us.es



Consejo Editor / Editorial Board

ARGENTINA

Flavia Dezzuto, Universidad Nacional de Córdoba

ALEMANIA

Alberto Ciria, Munich

CANADÁ

Óscar Moro, University of New Found Land

CHILE

Mariano De la Maza, Universidad Católica de Chile

José Santos Herceg, Universidad de Santiago de Chile

COLOMBIA

Martha Cecilia Betancur García, Universidad de Caldas

Víctor Hugo Gómez Yepes, Universidad Pontificia Bolivariana

Gustavo Adolfo Muñoz Marín, Universidad Pontificia Bolivariana

ESPAÑA

Alfonso García Marqués, Universidad de Murcia

Antonio De Diego González, Universidad de Sevilla

Avelina Cecilia Lafuente, Universidad de Sevilla

Carlos Ortiz Landázuri, Universidad de Navarra

Celso Sánchez Capdequí, Universidad Pública de Navarra

Elena Ronzón Fernández, Universidad de Oviedo

Enrique Anrubi, Universidad CEU Cardenal Herrera

Federico Basáñez, Universidad de Sevilla

Fernando Wulff, Universidad de Málaga

Fernando M. Pérez Herranz, Universidad de Alicante

Fernando Pérez-Borbujo, Universitat Pompeu Fabra

Francisco Rodríguez Valls, Universidad de Sevilla

Ildefonso Murillo, Universidad Pontificia de Salamanca

Irene Comins Mingol, Universitat Jaume I

Jacinto Rivera de Rosales Chacón, † UNED

Joan B. Llinares, Universitat de València

Jorge Ayala, Universidad de Zaragoza

José Manuel Chillón Lorenzo, Universidad de Valladolid

Juan García González, Universidad de Málaga

Juan José Padiál Benticuaga, Universidad de Málaga

Luis Miguel Arroyo Arrayás, Universidad de Huelva

M^a Luz Pintos Peñaranda, Universidad de Santiago de Compostela

Marcelo López Cambronero, Instituto de Filosofía Edith Stein

María del Carmen Paredes, Universidad de Salamanca

Octavi Piulats Riu, Universitat de Barcelona

Óscar Barroso Fernández, Universidad de Granada

Pedro Jesús Teruel, Universitat de València

Ramón Román Alcalá, Universidad de Córdoba

Ricardo Parellada, Universidad Complutense de Madrid

Sonia París Albert, Universitat Jaume I

Tomás Domingo Moratalla, UNED

ESTADOS UNIDOS

Witold Wolny, University of Virginia)

Thao Theresa Phuong Phan, University of Maryland

REINO UNIDO

Beatriz Caballero Rodríguez, University of Strathclyde

ITALIA

Luigi Bonanate, Università di Torino

MÉXICO

Rafael De Gasperín, Instituto Tecnológico de Monterrey

Julio Quesada, Universidad Veracruzana

Adriana Rodríguez Barraza, Universidad Veracruzana

PERÚ

Ananí Gutiérrez Aguilar, Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa y Universidad Católica de Santa María

Nicanor Wong Ortiz, Universidad San Ignacio de Loyola

PORTUGAL

Yolanda Espiña, Universidade Católica Portuguesa

TURQUÍA

Mehmet Özkan, SETA Foundation for Political, Economic and Social Research

Comité Científico Asesor / Advisory Board

ARGENTINA

Graciela Maturo, Universidad de Buenos Aires
- CONICET

Jaime Peire, Universidad Nacional de Tres de
Febrero- CONICET

ALEMANIA

Tomás Gil, Freie Universität Berlin

Fernando Inciarte, † Westfälische Wilhelms-
Universität

Otto Saame, † Universität Mainz

BULGARIA

Lazar Koprinarov, South-West University
'Neofit Rilski'

CHILE

Carla Corduá, Universidad de Chile

Roberto Torreti, Universidad de Chile

COLOMBIA

Carlos Másmela, Universidad de Antioquía

Fernando Zalamea, Universidad Nacional de
Colombia

ESPAÑA

Agustín González Gallego, Universitat de
Barcelona

Alejandro Llano, Universidad de Navarra

Andrés Ortiz-Osés, Universidad de Deusto

Ángel D'ors, † Universidad Complutense de
Madrid

Antonio Hermosa Andújar, Universidad de
Sevilla

Carlos Beorlegui Rodríguez, Universidad de
Deusto

Concha Roldán Panadero, Instituto de
Filosofía, CCHS-CSIC

Daniel Innerarity Grau, Ikerbasque, Basque
Foundation for Science

Francisco Soler, Universidad de Sevilla

Ignacio Falgueras, Universidad de Málaga

Javier San Martín, UNED

Jesús Arellano Catalán, † Universidad de
Sevilla

Joaquín Lomba Fuentes, Universidad de
Zaragoza

Jorge Vicente Arregui, † Universidad de Málaga

José María Prieto Soler, † Universidad de Sevilla

José Rubio, Universidad de Málaga

Juan Antonio Estrada Díaz, Universidad de
Granada

Juan Arana Cañedo-Argüelles, Universidad de
Sevilla

Luis Girón, Universidad Complutense de
Madrid

Manuel Fontán Del Junco, Fundación March

Manuel Jiménez Redondo, Universitat de
València

Marcelino Rodríguez Donís, Universidad de
Sevilla

Miguel García-Baró López, Universidad
Pontificia Comillas

Modesto Berciano, Universidad de Oviedo

Pascual Martínez-Freire, Universidad de
Málaga

Rafael Alvira, Universidad de Navarra

Teresa Bejarano Fernández, Universidad de
Sevilla

Vicente San Félix Vidarte, Universitat de
València

ESTADOS UNIDOS

Lawrence Cahoon, University of Boston

FRANCIA

Nicolás Grimaldi, Université Paris IV-Sorbonne

PARAGUAY

Mario Ramos Reyes, Universidad Católica de
Asunción

REINO UNIDO

Alexander Broadie, University of Glasgow

ISRAEL

Marcelo Dascal, † Tel Aviv University

ITALIA

Massimo Campanini, Università di Napoli
l'Orientale

Maurizio Pagano, Università degli Studi del
Piamonte Orientale. Amedeo Avogadro

JAPÓN

Juan Masiá, Sophia University, Tokio

MÉXICO

Jaime Méndez Jiménez, Universidad
Veracruzana

Ana Laura Santamaría, Instituto Tecnológico
de Monterrey

Héctor Zagal, Universidad Panamericana

VENEZUELA

Seny Hernández Ledezma, Universidad Central
de Venezuela

Índice.

LA TRANSMISIÓN FILOSÓFICA. PENSAMIENTO DE JAVIER HERNÁNDEZ-PACHECO SANZ_ESPECIAL THÉMATA

- 9 ***El acto filosófico. En recuerdo de Javier Hernández-Pacheco Sanz***
Fernando Infante del Rosal
- 14 ***Presentación***
Alejandro Martín Navarro (Coord.)

SEMBLANZAS Y RECUERDOS_JAVIER HERNÁNDEZ-PACHECO SANZ, TRANSMISIÓN Y ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA

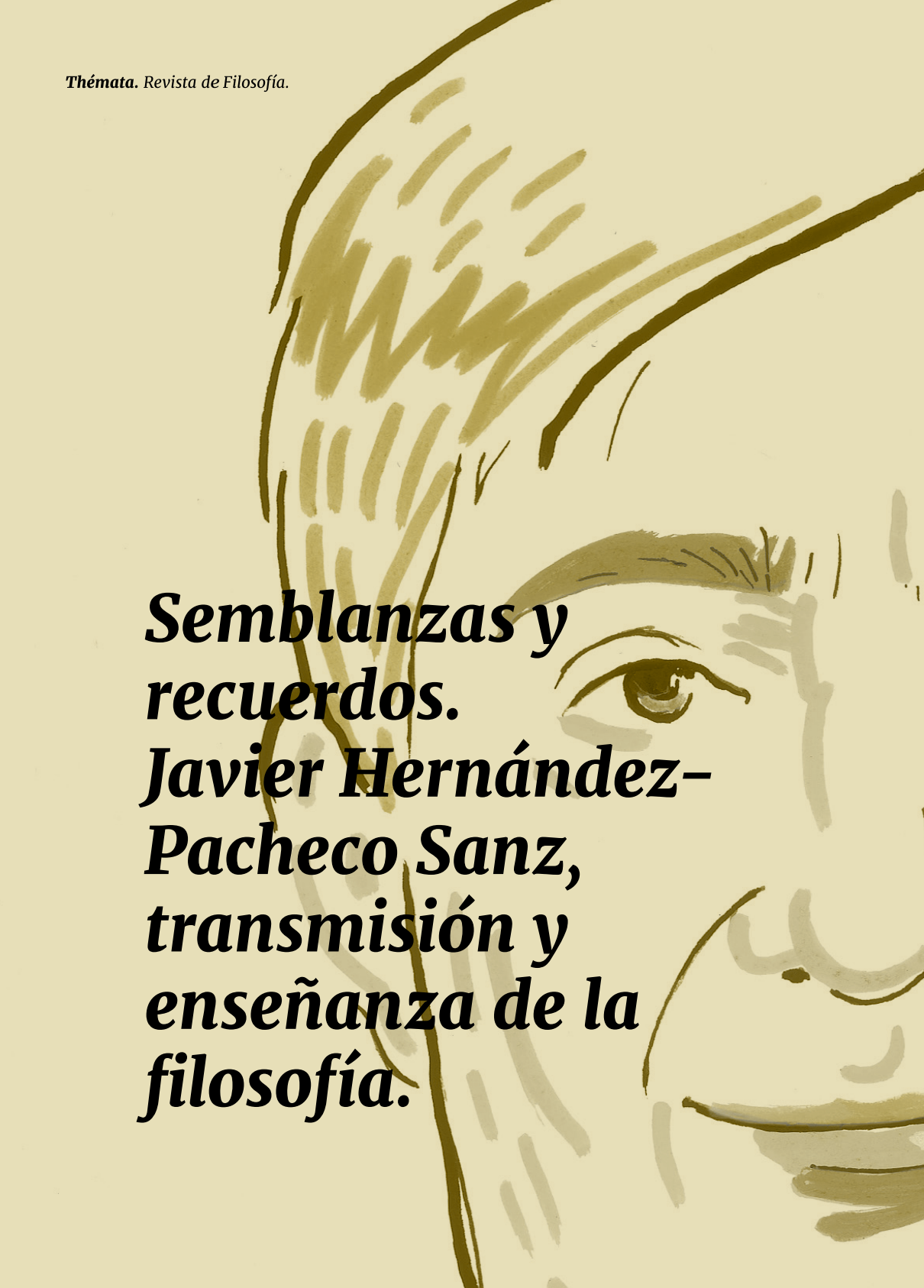
- 19 ***Treinta y siete años con Pacheco. Variaciones sobre el cristianismo***
Jacinto Chozza Armenta
- 51 ***Historia de un hombre sabio y bueno***
Juan Arana Cañedo-Argüelles
- 54 ***Una fuerza de la naturaleza***
José Manuel Sánchez López
- 58 ***In Memoriam a Javier Hernández-Pacheco***
Urbano Ferrer Santos
- 65 ***Recordando al profesor Javier Hernández-Pacheco***
Esperanza María Domínguez Sabido

OBRA Y PENSAMIENTO DE JAVIER HERNÁNDEZ-PACHECO SANZ_ARTÍCULOS

- 71 ***Una conversación pendiente***
Jesús de Garay Suárez-Llanos
- 87 ***Un viaje de ida y vuelta: de cómo el refugio se torna apertura. El proyectar(se) como apertura a lo Otro***
Elisa Fernández Bascones
- 107 ***Max Horkheimer y el anhelo de lo completamente Otro. (A propósito de la interpretación de la filosofía de Max Horkheimer de Javier Hernández-Pacheco)***
José Manuel Panea Márquez

- 124 **Javier Hernández-Pacheco: fe y filosofía**
Lidia Romero Sánchez
- 141 **La plenitud hacia la que tendemos: historia de una discusión truncada.**
Francisco José Soler Gil
- 161 Tábula gratulatoria.
- 163 Política editorial.
- 166 Directrices para autores/as.

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: Javier Infante



***Semblanzas y
recuerdos.
Javier Hernández-
Pacheco Sanz,
transmisión y
enseñanza de la
filosofía.***

Treinta y siete años con Pacheco. Variaciones sobre el cristianismo.

Jacinto Choza Armenta¹

Universidad de Sevilla, España

1 • El nacional-catolicismo a comienzo de los 80

En estas páginas de homenaje a Javier, me gustaría rellenar un poco en las entrevistas de prensa, en los escritos literarios, en los académicos, y en otros documentos ubicados en su página web. Esos recuerdos son trozos de nuestra historia, de nuestro trato y convivencia durante 37 años, y, obviamente, del contexto sociocultural de la España que compartimos.

En la década de los 60 España registra un crecimiento económico del 7% anual, y en la de los 70 se mantiene un ritmo análogo. En esos años Franco deja el poder en manos de los tecnócratas, en parte ministros del Opus Dei. En cierto sentido, puede decirse que en la década de los 80, cuando el país se integra en Europa, el nacional-catolicismo español, y en concreto, el Opus Dei, alcanza su momento culminante.

Durante casi dos décadas hay en el gobierno ministros que pertenecen a la institución. Sus miembros se extienden y extienden sus aspiraciones y su red por toda España, por Europa, por toda América, y especialmente por la administración de la Iglesia Católica, en el Vaticano.

1. jchoza@us.es

Durante esas dos décadas el Opus Dei realiza un despliegue político y económico, que se manifiesta en el acceso de sus miembros y allegados a puestos directivos de empresas, bancos, magistraturas y otras instituciones importantes del país. Además, lleva a cabo un despliegue cultural, que se manifiesta en el acceso de sus miembros y partidarios a las cátedras de la universidad, en la elaboración de redes de colegios de enseñanza media de diverso tipo, en la construcción de una red de colegios mayores, en la instalación de una cadena de librerías y una cadena de kioscos de prensa, en la creación y gestión de publicaciones periódicas como los semanarios *La Actualidad Económica*, *Telva*, *Mundo Cristiano*, *Palabra*, y como los diarios *El Alcázar* y *Madrid*, y en la creación de las editoriales Rialp, EUNSA, Magisterio Español, y *Palabra*, como factores importantes de una misión de evangelización moderna en el mundo moderno.

Esa es la visión que se puede tener, y la descripción que se puede hacer, desde un punto de vista externo, es decir, desde el punto de vista sociológico y político, desde el punto de vista de su ubicación y visibilidad en la sociedad, y desde el punto de vista del control del poder.

Desde el punto de vista ideológico o doctrinal, o sea, desde el punto de vista interno, el Opus Dei era una manera de entender el cristianismo y la Iglesia, clara en algunos aspectos y difusa en otros. Durante mucho tiempo, su ideario se consideraba compendiado en el libro *Camino*, del fundador José María Escrivá de Balaguer.

Los centros de estudio, el equivalente en el Opus Dei a los seminarios diocesanos y noviciados religiosos, y que tenían el estatuto civil de Colegios Mayores, pasaron, de ser tres a comienzos de los 60, a ser una docena a comienzos de los ochenta, con una producción de cerca de 300 numerarios (el equivalente a clérigos y religiosos) por promoción. Y junto a ellos había además una docena de Colegios Mayores dedicados a estudiantes universitarios normales, de los que podían salir vocaciones de numerarios, supernumerarios, cooperadores y amigos en general, que proporcionaban una ayuda clave para las diversas tareas y empresas apostólicas del Opus Dei.

En el contexto de ese proceso cultural y doctrinal nos incorporamos al Opus Dei tanto Javier como yo. Yo en el último trimestre de 1962, en el Colegio Mayor Guadaira, al empezar segundo curso de Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla, y Javier Hernández-Pacheco a comienzo de los 70, en

Mérida, para empezar después los estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid, como subdirector del Colegio Mayor Moncloa.

Por supuesto, ni él ni yo teníamos en la cabeza, a comienzos de los 60 ni a comienzos de los 70, el mapa de esa red que aparece consolidado así en la década de los 80, que es cuando Javier y yo nos encontramos. Sólo teníamos el ideal cristiano que podía obtenerse de la meditación de *Camino* y unas juveniles aspiraciones a cambiar el mundo mediante ese ideal.

Después de mis estudios de Filosofía y Letras en Sevilla y en Madrid, yo marché a Roma, a la casa central del Opus Dei, donde se forman los que van a ser sacerdotes y directivos de la organización en todo el mundo. Luego me trasladé a Pamplona, donde viví en el Colegio Mayor Aralar, segundo centro de estudio internacional para formación de directivos de la organización, adscrito a la Universidad de Navarra. Más adelante pasé a ocuparme de tareas directivas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra y a prepararme para una cátedra de Filosofía, que obtuve en marzo de 1981, al poco de ser abortado el intento de golpe de Estado del 23 de febrero.

Javier, después de sus años como subdirector del Colegio Mayor Moncloa y de obtener su doctorado en Filosofía en la Complutense, fue nombrado subdirector de la Residencia Universitaria del Opus Dei en Viena, para desarrollar allí la misma tarea que en el Colegio Mayor madrileño. Estuvo cuatro años en ese cargo, realizó una segunda tesis doctoral en Filosofía en la Universidad de Viena y volvió a España en 1983.

Nos encontramos en el Colegio Mayor Belagua, de la Universidad de Navarra, en Pamplona, en 1983. Javier hablaba con su maestro Rafael Alvira en un pasillo, y le pedía consejo sobre su futuro profesional como filósofo en España. Yo le escuché de pasada y le dije, vente a Sevilla, allí estamos empezando una facultad de Filosofía y necesitamos profesores. Rafael Alvira, con un gesto de la mano, le dijo, ahí lo tienes, ¿qué cosa puedes encontrar mejor? Y se vino a Sevilla conmigo.

En los años 80 España se homologaba a Europa. Se había aprobado por referéndum una constitución democrática en 1978, acababa de ganar las elecciones por mayoría absoluta el partido socialista en 1982, se estrenaban Felipe González y Alfonso Guerra como presidente y vicepresidente del gobierno respectivamente, y el país se integraba en la OTAN.

En esa homologación España iniciaba el proceso de secularización que Europa había vivido a partir de las revoluciones culturales de los sesenta, y del cual se había mantenido al margen, bajo el paraguas del régimen de Franco. Estrenaba entonces democracia, legalización de partidos políticos, matrimonio civil, divorcio y aborto, generaba las Comunidades Autónomas, multiplicaba las universidades, y, en el contexto de las autonomías universitarias, las facultades de filosofía pasaron de 4 en 1963 a una docena en 1983.

La de Sevilla había comenzado sus cursos en 1977, bajo la dirección del Decano Comisario Jesús Arellano, Catedrático de Filosofía y socio numerario del Opus Dei. Para la fundación y puesta en marcha de la Facultad, Arellano contaba con dos discípulos de Sevilla: José Villalobos, con quien yo había coincidido en el Colegio Mayor Guadaira en el curso 1962-63 y acababa de obtener otra cátedra en la misma Facultad, y José Luis López López, compañero mío desde el primer curso de carrera, primero en Sevilla y luego en Madrid, y miembro del PSOE desde muy joven, como su hermano Ángel López López, catedrático de Derecho Civil, que ocuparía cargos destacados en el partido.

Contaba también con otro discípulo que se le agregó en Pamplona, durante el bienio que pasó como profesor visitante en la Universidad de Navarra, Juan Arana. Juan Arana se vino con Arellano a Sevilla cuando se empezaba la facultad, porque yo le cerré las puertas para ser profesor en la Universidad de Navarra, pues, aunque tenía un expediente brillante, era agnóstico.

Hacían falta profesores para la nueva facultad de Filosofía, en Sevilla no había candidatos suficientes, o los que había estaban vinculados a diversos partidos de izquierda, y Arellano prefería que Juan Arana consiguiera candidatos licenciados por la universidad de Navarra, en quienes suponía más afinidad política con él y buena formación profesional.

Juan Arana gestionó el fichaje de varios antiguos compañeros suyos de Pamplona, y por ende antiguos alumnos míos, y varios de ellos se incorporaron como profesores, formando un grupo al que, por provenir de Navarra, Pepe Villalobos designaba como “el frente norte”.

Tras unos cuantos ajustes, el cuadro directivo de la facultad quedó integrado por Jesús Arellano como Decano, José Villalobos y yo como vicedecanos, José Luis López como secretario y Juan Arana como ministro sin cartera y hombre de confianza de Arellano. El equipo fue denominado entre nosotros como la coalición del “Pesopus” o, simplemente, “el pesopus”.

2 • Un cristianismo diversificado

Cuando Javier y yo nos encontramos en Sevilla los dos habíamos entrado en conflicto con el Opus Dei, y en conflicto grave. Habíamos sido apartados definitivamente de las tareas de dirección y formación y habíamos dejado de ser personas de confianza. Nos encontrábamos en una situación similar, y nos hicimos amigos mientras nos lamíamos nuestras heridas de guerra.

El Concilio Vaticano II (1963–1965) tuvo como cometido hacer una parada, una reflexión y una actualización de la autoconciencia católica en su relación con la sociedad y la cultura occidental, y en su desarrollo después de la caída del Antiguo Régimen. La caída del Antiguo Régimen consistió básicamente en una secularización, determinada por la desconfesionalización del Estado, a la que la Iglesia católica se opuso por considerarla destructiva para ella.

En ese combate contra los errores modernos, la Iglesia Católica promulgó una serie de normas cautelares, disciplinares y penales, que el Concilio Vaticano II y el papa Paulo VI, por considerarlas fuera de contexto, cancelaron.

Entre otras medidas de diverso calado, Pablo VI levantó la condena de los errores modernos del *syllabus* de Pío IX, suprimió el juramento anti-modernista, compromiso de lucha contra esos errores modernos, de Pío X, canceló las excomuniones a votantes de liberales, socialistas y comunistas de Pío XI, y anuló el índice de libros prohibidos, creado por Pío V en 1571 y actualizado y reforzado por Pío XII en 1948.

El fundador y Presidente General del Opus Dei, creía que su institución era portadora del carisma para la renovación y modernización de la Iglesia, y a la vez sentía que esas medidas de Pablo VI la destruían. Después de dichas cancelaciones de Pablo VI, volvió a establecer, para el Opus Dei, la vigencia de esas normas, encaminadas a mantener la pureza de la doctrina, la corrección de la moral y la rectitud de la liturgia. Repuso para la institución el modelo de Iglesia de Pío X, se reeditaron en Editorial Magisterio Español los catecismos de Pío V y de Pío X, y los estudiamos todos de memoria. He conservado siempre en mi biblioteca mis ejemplares de esos catecismos.

A Javier y a mí, como a muchos otros que al llegar a la institución habíamos sido formados en la doctrina de “estar en el mundo”, “ser como los

demás”, “vivir la vida ordinaria”, para evangelizar desde esas posiciones, nos parecía que esa reposición de la normativa antigua chocaba con el “carisma” del Opus Dei.

No solamente contrastaba con la enseñanza que inicialmente habíamos recibido. Además, producía graves daños en la salud física y espiritual de los socios, y tornaba impracticable cualquier evangelización, cualquier presentación comprensible y atractiva del mensaje evangélico.

Javier, al sentirse encargado de aplicar un conjunto normativo tan denso, siendo subdirector de la residencia universitaria de Viena, manifestó su desacuerdo, con la nobleza habitual en él: Si esto es lo que se manda, lo que hay que hacer, y yo no estoy de acuerdo, por lo menos, no me obliguéis a mí a mandar. Así pidió su relevo, así se le concedió y así se volvió a España, con el estigma de haber fracasado en la misión que se le había encomendado en Austria.

En mi caso, esa densa normativa no me planteaba problemas de conciencia a la hora de seleccionar profesores católicos para la Universidad de Navarra, que hicieran sus programas con arreglo a la doctrina de la Iglesia. En cambio, sí empecé a tener problemas al desarrollar mi investigación como profesor, y al gestionar, desde la editorial de la Universidad de Navarra, EUNSA, la edición de los manuales de filosofía y teología de los estudios eclesiológicos institucionales, o sea, los manuales destinados a la formación de los sacerdotes en los seminarios y universidades de la Iglesia.

Las asignaturas que ya existían de periodos anteriores y estaban bien consolidadas y estructuradas en tratados ya clásicos, no planteaban problemas. Pero sí lo hacían las asignaturas que había que crear desde cero, entre las cuales estaba la que cultivaba yo, y cuyo manual me correspondía a mi redactar, la Antropología filosófica.

El problema provenía, sobre todo, de que, Juan Pablo II, al llegar al pontificado, publicó el 15 de abril de 1979 la Constitución apostólica *Sapientia Christiana* sobre las Universidades y Facultades eclesiológicas, con indicaciones sobre los planes y enfoques de los estudios. En ese documento se indicaba que había que dar prioridad a los enfoques históricos, fenomenológicos y exegéticos sobre los enfoques sistemáticos y dogmáticos.

En concreto, se establecía la Antropología filosófica como columna vertebral de los estudios filosóficos, y se describía como una síntesis entre

la filosofía, las ciencias humanas y las ciencias sociales. Los libros de esa colección de EUNSA se hicieron con los criterios anteriores a la *Sapientia Christiana*, y son los que yo he encontrado, entre 1990 y 2020, en los seminarios y universidades católicas de los países de América que he visitado, que son bastantes.

Los libros de esa colección se hicieron con los criterios anteriores a la *Sapientia Christiana* porque nadie sabía cómo hacer los antiguos manuales con los criterios nuevos, y no había una editorial dispuesta a embarcarse en esa aventura. Gracias a EUNSA los seminarios y universidades de la Iglesia católica tuvieron una colección completa de manuales que han estado usando en los últimos 40 años, aunque no estaban hechos teniendo en cuenta los criterios establecidos en 1979. Se hicieron intentos y ensayos con diversos enfoques desde diversos puntos, y uno de esos ensayos fue el de mi Manual de Antropología filosófica.

Yo había elaborado mi programa de Antropología filosófica para la obtención de la cátedra en la Universidad estatal de Sevilla, y estaba dispuesto a plasmarlo como libro en un Manual de Antropología filosófica, para esa colección de libros de estudios eclesiásticos institucionales.

En las diversas conversaciones y en las directrices sobre la colección, se insistía en que se trataba de componer libros de filosofía cristiana para cristianos, para la formación de sacerdotes, y yo manifestaba una y otra vez mi punto de vista: si un libro de filosofía no sirve para los no cristianos, entonces tampoco sirve para los cristianos.

No me importaba que los autores de los restantes manuales compusieran sus libros tomando como base a Santo Tomás de Aquino y a los tomistas aceptados entonces en la Universidad de Navarra como ortodoxos: Gilson, Maritain, Fabro, Derisi, Santiago Ramírez y algunos otros. Pero yo tenía que tomar como base de mi manual de Antropología filosófica a numerosos autores que tenía prohibido leer y citar, y que, sin embargo, eran los que el papa Juan Pablo II citaba en sus escritos de Antropología filosófica, y en sus interpretaciones de la Escritura.

Después de sacar la cátedra de Sevilla pasé allí el curso 1981-82, y según acuerdos previos, pedí el pase a la situación administrativa de supernumerario y me volví a la Universidad de Navarra a comienzos del curso de 1982-83 para dirigir el Departamento de Psicología y Antropología. Le expu-

se mi conflicto al entonces Decano de la Facultad y amigo, Alejandro Llano. Yo quiero hacer la Antropología filosófica que necesita la iglesia y que pide el papa, y como aquí en la Universidad de Navarra no la puedo hacer, me voy.

Y me fui, pero no tranquilamente. Tenía crisis de ansiedad, depresiones, y una serie de problemas psíquicos para los cuales el mejor remedio era, como me insistió el psiquiatra, marcharme de la Universidad de Navarra.

Para mí marcharme de la Universidad de Navarra era tan desgarrador que solamente lo soportaba y admitía mediante el acuerdo de que viajaría quincenalmente de Sevilla a Pamplona para dar algunas clases y para llevar la dirección del Departamento de Antropología y Psicología.

Ese desgarramiento resultaba agravado por el hecho de que, el 25 de noviembre de 1981, Joseph Ratzinger había sido nombrado por Juan Pablo II Cardenal Prefecto para la Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe, antiguo Santo Oficio, y garante primero de la fe de la Iglesia.

Dicho nombramiento abrió heridas en otros asociados del Opus Dei, y especialmente en algunos directivos, como fue el caso del sacerdote Antonio Ruiz Retegui, responsable de la formación doctrinal y la dirección espiritual en la demarcación de Valencia, que compartió su intimidad con Javier y conmigo.

Cuando Escrivá instauró en el Opus Dei el Índice de Libros Prohibidos después de que Pablo VI lo cancelara, en el sexto lugar de su clasificación, estaban los libros gravemente peligrosos, y que requerían para su consulta permiso expreso del presidente del Opus Dei. En ese apartado se encontraban todos los libros de Josef Ratzinger, *Opera Omnia*, toda su obra.

También Antonio Ruiz Retegui, percibiendo una cierta incongruencia entre su misión como directivo del Opus Dei y como sacerdote de la Iglesia católica, pidió que lo relevaran de su cargo y volvió a la Universidad de Navarra como simple profesor de teología para universitarios. También su historia quedó recogida en las páginas de la revista *Thémata* (J. Choza, “Antonio Ruiz Retegui, pequeña biografía teológica”, *Thémata. Revista de filosofía*. n. 30, 2003)

Esas eran nuestras heridas, y así es como nos las contábamos Javier y yo, paseando por la zona portuaria del río Guadalquivir, al volver de la facultad a casa, o dando vueltas por el parque. Esas eran también las heridas de José Luis Murga, catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Sevilla, y socio numerario del Opus Dei al igual que nosotros. Sus heridas databan

de su estancia en la Universidad de Oviedo en los años 50 y en la de Zaragoza en los 60, donde había percibido una intensa contrariedad entre la renovación del espíritu cristiano y las formas institucionales de ese espíritu.

El choque entre la antigua y la nueva comprensión del cristianismo católico levantaba conflictos interiores por el amplio mundo de la iglesia católica y las profundas honduras de las conciencias. Y así es como lo vivimos nosotros.

3 • Entre Sevilla y Pamplona. Oficial y caballero

Al llegar a la facultad de Sevilla, Javier tenía en la cabeza los esquemas de la labor de formación con los estudiantes que hacían en el Colegio Mayor Moncloa. Por eso se le ocurrió fletar un autobús de Sevilla a Pamplona, con los alumnos de la Facultad, para asistir a las Reuniones Filosóficas que cada año se organizaban en el mes de abril en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, y a la que se invitaban figuras internacionales de la filosofía.

Para la universidad de Navarra era muy bueno que acudieran a sus congresos masivamente alumnos de otras facultades españolas. Para los alumnos de Sevilla era muy bueno asistir a congresos internacionales de filosofía. Y para el Opus Dei era muy bueno que eso lo hicieran sus académicos y estudiantes, como un modo de difundir su espiritualidad secular y laica, de santificación en medio de las tareas ordinarias del mundo.

Javier tenía ese instinto aventurero, emprendedor y movilizador, para todo lo que fuera apostólico y evangelizador, y por eso organizó los autobuses para ir a la Universidad de Navarra, o a los congresos de la Sociedad Andaluza de Filosofía a Linares, a Almería o a otros lugares. Creo que quien más sintonizaba con él en eso era José Luis López López, uno de mis mejores amigos a lo largo de mi vida, que sentía también como una pasión el apostolado con la militancia o para la militancia.

Javier era un líder natural para los estudiantes. Para los jóvenes en general. A principio de los 80 no había cumplido los 30 años, era un buen partido para las estudiantes, y en general para todas las chicas. Era muy listo, un 150 de CI (cociente intelectual), decía Leonardo Polo, tan farolero como él.

Hijo de médico y de farmacéutica, sobrino nieto de Eduardo Hernán-

dez-Pacheco, geólogo, paleontólogo y arqueólogo español, como dice Wikipedia, y muy vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, tenían una finca de dehesa en Aljucén, cerca de Mérida.

No sé cuántas hectáreas con alcornoques, ganadería porcina y ovina, y caza. Le gustaba presumir de antepasados institucionistas y laicos, y le gustaba conversar de todo lo relacionado con las explotaciones agrícolas y ganaderas, y de caza, y estaba al corriente de la economía agropecuaria española.

Le gustaba ser, y era, un hombre de campo que amaba el campo, y un filósofo de la Universidad Complutense, de Madrid, como su maestro Rafael Alvira. Se identificaba mucho con los dos protagonistas de la zarzuela Luisa Fernanda, el militar liberal, Javier, y el rico terrateniente extremeño, Vidal. Ser rico, y estar inscrito en esa tradición de los patricios romanos que venía desde la fundación de *Emerita Augusta*, ese era su ideal de vivir y de ser. Para él eso era, además, un modo de concebir el orden social y moral, y así lo cantó en 1991 en su libro *Elogio de la riqueza. Elementos de filosofía de la economía* (Barcelona: Tibidabo Ediciones, S.A., 1991).

Aficionado al vino, a los caballos y a las fiestas y festejos. Vivía con la pretensión de hacer valer, con sus compromisos de celibato en el Opus Dei, que el mundo era bueno, y también todo lo mundano, especialmente las tres cosas más maravillosas de la creación, a saber, los caballos, las mujeres y el vino, y, además, como insistentemente repetía, “por ese orden”.

Alto, de casi metro noventa de estatura, fuerte y un poco fanfarrón, a la vez que un niño inseguro. Distinguido y elegante, a la vez que campero y rural. Feo, católico y sentimental, como Bradomín, pero su ideal, más que el de un aristócrata español, era el de un *gentleman* inglés, el de un Lord de los que lee la prensa en su club, reservado solamente para caballeros. Ese era su ideal de comportamiento, cuyo sentido moral dejó escrito para sus hijos en el libro, *¡Usted Primero! Filosofía de las buenas maneras* (Madrid. Marova. 2004). Los libros de Javier son la expresión en conceptos de su dinámica existencial, como es propio de un buen hegeliano.

Le gustaban las películas de llorar, y lloraba frecuentemente en ellas. Declaraba que tenía un alma profundamente femenina, lo que resultaba cómico con su corpachón y su vozarrón. Le gustaba leer el *Hola* y era muy caprichoso. Su mujer lo expresaba en tono positivo diciendo que nada le era indiferente.

Las secretarías y administrativas de la facultad, entre las que se encontraba mi sobrina Mercedes, le tenían puesto en clave el nombre de “Margarita”, y cuando cada mañana aparecía por el portón del edificio de la calle Gonzalo Bilbao, se pasaban el parte diario de cómo entraba ese día. ¡“Margarita” acaba de llegar! ¿¡Cómo viene, cómo viene!? Mira, trae un jersey de cuello cerrado blanco, con adornos de cristales de nieve en el pecho. ¡¡¡¡Guapísimo!!!!

Al salir de la facultad a veces me llevaba en su coche al Colegio Mayor Guadaira, donde yo vivía, y nos tomábamos una o dos cervezas en un bar cercano, más bien dos. Los fines de semana visitábamos en sus casas de Sevilla o de la sierra a algunos amigos: Juan Arana, Pilar, Nacho y Gemma, o íbamos de excursión al Rocío.

Hemos hecho muchos kilómetros por las carreteras de Sevilla y Huelva en su coche, cantando a pleno pulmón canciones militares. El himno de infantería, el himno de la legión, el novio de la muerte. Yo había hecho el servicio militar en infantería, y me sabía parte de esas letras, pero él, que había hecho la milicia universitaria en caballería, se las sabía por completo. Esas eran las canciones que más le gustaban, junto con la zarzuela *Luisa Fernanda*, que nos sabíamos los dos de memoria.

Su vocación primera, me contó, su verdadera vocación, era la de militar, pero cuando se hizo del Opus Dei al terminar el bachillerato, entendió que la cristianización del mundo podía realizarla mejor como filósofo que como militar, y viendo cómo se fomentaban en la institución los estudios de filosofía, optó por esa carrera.

Yo conocí el Opus Dei siendo ya filósofo, y siendo ya liberal con inclinaciones al anarquismo libertario, pero sentía que los himnos militares, en los que se cantaba la ofrenda a la muerte por amor a la patria, expresaban bien el estilo heroico del celibato como ofrenda de la vida.

Creo que pocas veces pueden sentirse dos compañeros tan unidos como nos sentíamos Javier y yo, cabalgando en su coche hacia el Rocío por las carreteras de Huelva. Así es como más me gusta recordar a Javier, ahora que se ha ido, repitiéndome la letra y la música de otra canción de guerra que apenas cantábamos “yo tenía un camarada...”

A diferencia de lo que me pasaba a mí, él no entendía su vida como misión, y en eso se distanciaba expresamente. Entendía su vida como milicia,

lo cual es muy diferente. Entender la vida como misión legítima a una persona para fundamentarse en sus creencias. Entenderla como milicia requiere un general y una disciplina. Siempre repetía que él no había nacido para ser dirigente sino para ser segundo de un jefe. También el sentido social y moral de esa comprensión la expresó en su libro *El Duelo de Athenea. Reflexiones filosóficas sobre guerra, milicia y humanismo* (Madrid: Encuentro, 2008).

4 • El choque con Navarra. Ensayo sobre el ideal revolucionario

Los congresos de filosofía en Pamplona no solían tener como eje temas neutros o intrascendentes. Yo había estado en algunos de los comités organizadores cuando era profesor allí. Se elegían temas de actualidad, en los que era importante mostrar el punto de vista cristiano, generalmente nuestro punto de vista cristiano, que no dudábamos en considerar el único legítimo.

Era más bien el correspondiente a la concepción del cristianismo y de la iglesia de Pío IX, Pío X y Pío XII, desde el cual se percibían como peligrosas no pocas manifestaciones y expresiones de las libertades individuales y de los derechos fundamentales: aquellas que podían atentar contra la hegemonía de la Iglesia en la sociedad, contra la doctrina católica sobre la vida, el matrimonio, la familia, y, sobre todo, contra lo que se consideraba el eje y fundamento de esas doctrinas, a saber, el armazón de la filosofía aristotélica tomista sobre la naturaleza y la sustancialidad del mundo y del hombre, tal y como era comprendido por los tomistas ortodoxos anteriormente mencionados.

Básicamente la divergencia y el choque entre las dos concepciones del cristianismo, y en general, del mundo y del hombre, en el siglo XX y el XXI, es todavía ese. O hay una doctrina verdadera, objetiva, transmitida y custodiada por la autoridad de la Iglesia, que coincide con el sentido común, o se concede autonomía a la persona y a su conciencia individual, para que despliegue libremente su vida y realice en ella la verdad y el bien.

El primer punto de vista da prioridad a la ontología y la ortodoxia tradicionales, y el segundo a la fenomenología y el existencialismo. Pero, ¿qué garantías hay de que ese despliegue se haga correctamente?, ¿qué dejación

hace la Iglesia de su ser y de su misión si renuncia a establecer esa doctrina objetiva como camino de salvación para todos?

Javier y yo creíamos entonces que cada hombre, siguiendo su inspiración y su instinto, realiza a su modo y por sí mismo esa verdad del cristianismo custodiada por la Iglesia, y estábamos convencidos de que creer en la libertad de esa manera era también creer en el cristianismo, en la Iglesia y en el Opus Dei.

Eso es lo que Javier quería transmitir a los estudiantes de Sevilla y a los de Pamplona en los congresos internacionales anuales de la Universidad de Navarra, y eso era lo que expresó en su libro *Modernidad y cristianismo. Ensayo sobre el ideal revolucionario*, que publicó la editorial Rialp en 1989, y en cuya portada figura “prólogo de Jacinto Choza”. Para la cubierta Javier eligió el cuadro de Delacroix “La libertad conduciendo al pueblo”, que representa a una mujer marchando con los pechos desnudos, un fusil en la mano izquierda y una bandera en la derecha.

El libro, el título, la imagen de cubierta y su contenido, eran una provocación de “la izquierda hegeliana de Sevilla”, como le llamaba nuestro amigo de la Asociación de Antiguos Alumnos de la Universidad de La Rábida Fernando Fernández.

¿Es que tenía que darse en el seno del cristianismo una modernización, una proclamación de los ideales revolucionarios, una proclamación de la libertad personal y la autonomía de la conciencia, como epicentro del despliegue del cristianismo y de su realización, es decir, como clave de la evangelización?

Javier y yo lo entendíamos más o menos así, y aunque *Modernidad y cristianismo* y su prólogo admiten varias lecturas, esa es una de ellas, y creo que es la que hacíamos nosotros. Incluso entendíamos que esa era la esencia del Opus Dei, el carisma para la renovación de la Iglesia.

Así lo expresaba Javier en sus conferencias y actuaciones y así lo expresaba yo en las mías. Lo expresé así, quizá de un modo especialmente público y claro, en mi intervención como miembro del tribunal de la tesis doctoral de Higinio Marín Pedreño sobre Aristóteles.

Eso le sonaba muy subversivo a Leonardo Polo, el más antiguo y sabio profesor de Navarra, a Alejandro Llano, que pasaría a ser Rector en 1991, a Ángel Luis González, que me sustituyó como Director de Estudios de la Fa-

cultad de Filosofía, y a otros miembros del claustro académico. No es aceptable que a la verdad objetiva se contraponga la libertad personal en su búsqueda y realización del bien. La objetividad tiene primacía sobre la subjetividad y sostener lo contrario es el más peligroso de todos los riesgos, el subjetivismo, el relativismo, la arbitrariedad, etc.

La editorial Rialp, gestionada por socios del Opus Dei, publicó el libro con mi prólogo. Nada puede ser más atractivo para un editor que una polémica sobre la ortodoxia, y en la institución había personas que entendían el debate como una fructífera expresión de libertad y una modalidad de la evangelización. Como en los tiempos de Fichte en la universidad alemana.

Después de diversos acontecimientos en los que se percibía el conflicto de esa contraposición, Alejandro Llano y yo hablamos, y, me advirtió: no vuelvas a poner los pies aquí. La Universidad de Navarra es tu casa, la facultad la has hecho tú, pero por aquí no vuelvas más. Javier también fue advertido, aunque no sé en qué términos, y supo que ninguno de los dos volveríamos más por la Universidad de Navarra.

El choque casi termina con una ruptura de las relaciones entre los profesores del Opus Dei de Sevilla y los de Navarra. No fue así gracias a que entre Alejandro Llano y Juan Arana, ya catedrático en Sevilla, surgió una buena amistad, que dio lugar a diversas colaboraciones entre ambos. Compartían una misma comprensión del cristianismo, de la ortodoxia cristiana y de las tareas del Opus Dei en la sociedad y la cultura españolas.

En 1989 había terminado yo de escribir mi manual de Antropología filosófica. Ediciones de la Universidad de Navarra no lo consideró apto para la colección de textos de los estudios institucionales, me comunicó que no correspondía al encargo que me había hecho y que no lo publicaría.

Más de diez años de trabajo, invertidos en el diseño de la Antropología filosófica que yo entendía que pedía el papa Juan Pablo II y que, a mi entender, la Iglesia necesitaba y pedía, parecían destinados a un contenedor de material inservible.

La editorial Rialp asumió la publicación del Manual, que se editó también en 1989, y que he visto en todos los seminarios de América junto a los demás libros de la colección de textos institucionales de la Universidad de Navarra.

EUNSA encargó otra redacción adecuada del manual a otro profesor, Jorge Vicente Arregui, lo cual dio lugar a otra historia relatada también en la

revista *Thémata* (“Treinta años con Gorka”. *Thémata. Revista de filosofía*, n. 37, 2006, pp. 23–36).

5 • El que sabe para qué es capaz de cualquier cómo. Muerte en los 90

El año más amargo que Javier y yo hemos vivido juntos fue 1990. Quizá después hemos vivido, los dos, años más amargos, pero no los hemos vivido juntos, y, desde luego, no golpeados por el mismo golpe.

Javier sintió muy certeramente que no tenía nada que hacer en el Opus Dei, que, con la comprensión de su vida como milicia, no pintaba nada allí.

Ese no era mi caso, porque, a pesar de la génesis que tuvo mi manual, yo no entendía mi tarea de hacer una filosofía que sirviera para los no cristianos y para los cristianos en dependencia de ninguna institución, ni del Opus Dei, y quizá ni siquiera de la Iglesia católica. Cuando yo conocí el Opus Dei ya había iniciado mi vida como filósofo y como cristiano “autónomo”.

Los dos entendíamos muy bien la frase de Nietzsche “el que sabe para qué es capaz de cualquier cómo”. Con mi sentido de la vida como misión, para vivir, yo no necesitaba más que poder escribir, un instrumental y un tiempo básicos para hacerlo, y tener la cabeza en condiciones, y ya está. Pero Javier necesitaba un cobijo institucional y un cobijo familiar.

Los dos sabíamos que el que sabe para qué es capaz de soportar cualquier cómo. Pero el que no sabe para qué... Javier no sabía ya para qué existía el Opus Dei ni para qué existía su vocación, su llamada a esa institución. Yo intentaba consolarle, a él y a cuantos se encontraban en situación análoga a mi alrededor, que eran bastantes, diciéndoles que en el futuro habría una gran crisis en el Opus Dei, como la había habido en la Iglesia, pero que la crisis pasaría, el carisma originario se recuperaría, y todo volvería a ser ilusionante y esplendoroso. Pero mis ánimos no le llegaban a él ni a nadie. Jacinto, tú eres un optimista y un visionario.

A comienzos de los 90 Javier experimentó algo así como la muerte del Opus Dei, y, a la vez, la de su vocación al Opus Dei. La muerte del Opus Dei venía dada, para él, por la muerte de Escrivá en junio de 1975 y por la actuación de su sucesor como Presidente General, Álvaro del Portillo.

Javier siempre admiró a Escrivá y lo consideró dotado de un carisma religioso y organizativo excepcional, hasta el Concilio Vaticano II. Pensaba que con el Concilio entró en pánico y se estancó en un movimiento retrógrado asfixiante. Para Javier, el Opus Dei podría haber seguido adelante basándose en el carisma inicial. Para lograrlo, hubiera bastado con marginar la última década de Escrivá.

Para Javier, Del Portillo podía haber salvado al Opus Dei de la locura de Escrivá, y a él mismo de la locura de sus últimos años, si hubiera vuelto sobre el carisma originario. Pero su esfuerzo se centró en llevarlo todo por el cauce de la imitación al fundador, y de la imitación al peor fundador, el de los últimos años. Y para Javier la imitación, cualquier imitación, es la muerte de toda inspiración originaria, de toda vida propia

Lo explicaba siempre con la imagen del trompo. Jacinto, la vida es movimiento perpetuo, como un trompo. El trompo se mantiene en pie y avanza mientras gira, mientras se mueve por sí mismo. Si tiene que moverse mirando a otros, deja de girar, se para, muere.

Javier no era el único que percibía en los años 90 la muerte del Opus Dei. Con otro enfoque lo percibía también Alejandro Llano, y así se lo comentó a Héctor Esquer, numerario mexicano, que hacía su tesis doctoral en filosofía a comienzos de los 90 en la Universidad de Navarra. Héctor, el Opus Dei ha muerto, le comentaba. ¿¡Cómo dices eso, Alejandro!?. Sí. Mira. Ya los supernumerarios no quieren que sus hijos sean numerarios. Eso significa que la Obra ha muerto.

A lo largo de los 80, los supernumerarios, los socios casados del Opus Dei, que habían gestionado y financiado numerosas tareas evangélicas y empresas colaterales, y habían entregado a sus hijas e hijos a la institución para tener garantizada su felicidad, habían recibido de nuevo en casa a esos hijos desencantados, como Héctor Hernández-Pacheco recibió a Javier a su vuelta de Viena.

Eso, en el mejor de los casos, en los casos en que podían recibirlos y ayudarles a empezar la vida de nuevo. Porque otros los recibieron sin trabajo, sin horizontes, alcoholizados, o enfermos física y psíquicamente. Otros no los recibieron porque no volvieron nunca a sus padres. Y en algunos casos, los padres les advirtieron que no volvieran, porque en la casa no se recibía a los que habían traicionado los ideales familiares.

El número de casos de ese tipo debió de ser suficientemente elevado, y debieron conocerse entre los supernumerarios lo bastante como para que la idea de que sus hijos se hicieran numerarios les produjera, más que ilusión, recelo y miedo.

También el humorista Forges percibía la artificiosidad de la gente del Opus Dei, y lo expresaba en una de sus viñetas: “¿Santos de diseño? Que me lo expliquen”, comentaba en el dibujo un paseante a otro.

Yo percibía también esos síntomas de muerte. Desde que llegué al Colegio Mayor Guadaira a comienzos de los 80, cuando me daban con alegría la noticia de que se había incorporado a la institución un estudiante valioso y simpático, por dentro me entraba una profunda tristeza. Porque sentía que no pasaría mucho tiempo sin que se convirtiera en una persona envarada, artificiosa y triste, con una personalidad ortopédica, como si hubieran vampirizado su alma.

A lo largo de los 90, el Opus Dei se fue deteriorando en el sentido en que lo decían Javier, Alejandro Llano y Forges, y cómo yo lo sentía en Guadaira. Murió por dentro, desde el punto de vista doctrinal o espiritual. Murió en sus directivos y en sus socios la certeza en una manera de entender y de vivir el cristianismo y la iglesia ilusionante, y que les llevaba a entregar sus vidas en pobreza, castidad y obediencia, cualquiera que fuese la fórmula jurídica de esa triple ofrenda. Murió en ellos esa modalidad de la fe que podían extraer del libro del fundador, *Camino*. Y por eso abandonaron masivamente la institución a lo largo de esa década, o siguieron en ella sin entusiasmo, o quizá con un entusiasmo generado en términos voluntaristas.

Por fuera no se percibía entonces nada de ese deterioro de la institución, y quizá tampoco se percibe ahora. Los periódicos, las revistas y las cadenas de kioscos han desaparecido, pero las editoriales emblemáticas siguen existiendo. Los centros de estudio, pasaron de doce en los años 80 a dos o tres en la actualidad, y con una producción de diez o doce numerarios por promoción anual. Los edificios pasaron a ser Colegios Mayores o se vendieron, como otros Colegios Mayores de estudiantes normales.

La red de profesionales y empresarios que financiaba las diversas iniciativas apostólicas se reconvirtió, y se concentró en promover y gestionar colegios de enseñanza secundaria, clínicas, clubes para jóvenes y casas de ejercicios espirituales.

El Opus Dei se replegó y se alineó junto a los restantes grupos católicos, en una España secularizada y plural, en la cual el ideario católico común resultaba más determinante entre esos grupos, que las peculiaridades institucionales que los diferenciaban. Y desde entonces, cuando gobiernan los partidos de derecha, a veces se encuentran en los gabinetes algunos ministros que son supernumerarios de la institución.

Desde un punto de vista externo, no parece que haya cambiado mucho, y quizá no ha cambiado mucho. Aunque cada vez hay menos numerarios y con una media de edad más alta, como en las congregaciones religiosas. Creo que sigue habiendo muchos supernumerarios, y que esos siguen deseando que sus hijos vivan en esas redes institucionales de colegios, clubes, campamentos de veranos y centros hospitalarios, y sean atendidos en ellas.

Esas transformaciones, dejaban al Opus Dei convertido en una organización de tipo genéricamente cristiano, como otras muchas, pero un grupo cristiano que mantenía un enfoque del cristianismo más bien reticente ante la corriente oficial de los pontífices, que procuraban realizar las tareas propuestas por el Concilio Vaticano II.

Pero una visión del cristianismo de ese tipo, ¿para qué va a requerir una entrega vocacional en pobreza, castidad y obediencia? ¿Cuánta entrega personal, refrendada por vínculos jurídicos extraordinarios, requiere la vida de un cristiano corriente? Si el Opus Dei propone la vocación del cristiano corriente ¿por qué va a requerir un régimen especial de celibato, de propiedades y de disciplina? Los obispos y las parroquias no tienen con sus feligreses vínculos de ese tipo.

6 • Refugio en la literatura. *La novia del patriarca*

Javier empezó a experimentar en Viena que el Opus Dei y él ya no sintonizaban, y que su vida en la institución no tenía mucho sentido. Ya no había un para qué, y el cómo se hacía cada vez más extraño, incluso absurdo. Porque se le pedía, y él se exigía internamente a sí mismo, una tarea de ilusionar a los jóvenes y un rendimiento en promoción de vocaciones, con unas propuestas que no solo no eran ilusionantes, sino que más bien provocaban rechazo.

Jacinto, es como si me dijeran, tienes que atarte las manos a la espal-

da, además tienes que atarte un palo a una pierna, y así, a la pata coja, tienes que correr más que los otros y encima meter goles.

En esa situación, como no podía desplegar su vida en la realidad, empezó a desplegarla en la literatura. En 1981, en Viena, había escrito el cuento *La novia del patriarca*, en el que se mete en la interioridad de San José para contar cómo hacía el Patriarca para sublimar su impulso sexual, casado con la Virgen María, mediante un vínculo que los convertía a los dos en célibes. Ese texto expresa el modo en que Javier vivía entonces su celibato, de un modo armónico y consistente con su trabajo, sus estudios y sus actividades.

En Sevilla nos mostró el cuento a los amigos de la Facultad, que lo difundimos de todas las maneras posibles, porque era de una gran calidad literaria. Después de llegar a la Universidad de Sevilla, escribí otros dos más, *De paso a Ítaca* (Nueva York, 1985), y *El hada perdida* (Sevilla, 1989). En el primero se percibe el protagonismo que el amor erótico va adquiriendo en su mundo interior, y el segundo es como una sublimación de la figura de Inma Acosta y de su enamoramiento de ella.

Inma Acosta, actual viuda de Javier y madre de sus tres hijos, estaba terminando la carrera de Filosofía en 1990, o ya la había terminado, y era numeraria del Opus Dei. Yo diría que era la estudiante más guapa de su promoción, y Javier se había enamorado de ella. Y acabó siendo la persona que brindó a Javier todo el cobijo y todo el amor femenino que necesitaba.

Yo fui testigo de ese proceso de enamoramiento, desde sus inicios hasta su culminación. Al principio me lo contaba en términos trágicos, que expresaban unos sentimientos en cuyo desarrollo y desenlace final normal no podía consentir. Pero el amor es imparable, mucho más si se insinúa y se presente correspondido.

Llegó un momento en que Javier no podía más, y cuando me lo contó le dije, ¡ah! yo no sabía que la cosa estaba así. Vete con ella. Ya lo dice San Pablo, más vale casarse que abrasarse.

Javier veía su marcha del Opus Dei como una enmienda a la totalidad de su vida, como una declaración de siniestro total, y experimentaba una tremenda sensación de vértigo existencial. ¡Uf! Jacinto, es como cuando estás en los Alpes, en la cima de un cortado, abres las piernas y miras hacia abajo. La caída es más que mortal...

Entre unos episodios rocambolescos Javier presentó su dimisión

como numerario en el Opus Dei y lo mismo hizo Inma Acosta, y formalizaron su relación como oficialmente novios. Porque los dos fueron siempre bastante formales para todo lo relacionado con la moral y las costumbres.

Quizá otros estudiantes del Opus Dei de la Universidad de Sevilla entraron en resonancia y dejaron también la institución. Fue un escándalo en todo el Opus Dei en España y, por supuesto, en la sede central del Opus Dei en Roma.

Aparecía claro, ante todos ellos y ante la institución, que los ideales revolucionarios y las doctrinas dudosas eran el fruto de la corrupción y de las vidas desviadas, que unas cosas llevaban a las otras.

En algunos ambientes del Opus Dei, en los años 70, 80 y 90, para paliar el efecto negativo que, sobre todo en los más jóvenes, podía tener la marcha de algunos socios numerarios mayores y prestigiosos, como al dejar la institución y el celibato solían casarse, con frecuencia se decía que se habían marchado “por un problema de bragueta”, es decir, por un problema de debilidad personal, por una falta achacable solamente a él, porque no soportaba la dureza del celibato. Cuando Javier dejó la institución en 1990, también se dijo eso a los más jóvenes, a las nuevas promociones.

Javier pasó a ser un hombre maldito entre los centros de jóvenes del Opus Dei de Sevilla, y de otros centros de España, y la Facultad de Filosofía de la Universidad de Sevilla pasó a ser un centro pérfido, en el que una persona honorable no podía trabajar ni tampoco estudiar, como me dijo meses después Miguel Ángel Montijano, uno de los directivos nacionales.

Durante el verano de 1990 yo me fui a la universidad de Glasgow, donde coincidí con Jorge Vicente Arregui y con Francisco Rodríguez Valls, que estaban al corriente de todos estos sucesos. Paco porque había sido numerario, y Jorge porque todavía lo era.

Vino a verme a Glasgow Miguel Ángel Montijano, entonces director general encargado de todos los numerarios de España. Me consideraban cabecilla de un movimiento de sedición, y responsable de una serie de dimisiones de numerarios del Opus Dei ocurridas a ambos lados del Atlántico.

En medio de esa caza de brujas, mi preocupación principal era que quienes habían abandonado la institución ese curso, sobrellevaran el trauma con el menor deterioro físico y psíquico posible, especialmente Inma Acosta y Concha Diosdado, que habían sido alumnas mías, y que ahora eran las no-

vias de Javier y de Paco R. Valls, respectivamente. Por eso les escribía cartas desde Glasgow para animarlas, a pesar de que Montijano me volvió a insistir en que un numerario tenía prohibido mantener correspondencia con mujeres.

Javier pasó un verano solitario, dolorido y marginado de todos sus círculos habituales, entre su finca y su casa de Mérida, y Sevilla. En Sevilla, dormía en mi estudio, un piso situado en Avda. de Manuel Siurot 3, bloque 5, 5º. Yo le dejé una llave cuando me fui a Glasgow, y él se instaló allí, como un refugiado. Y en Sevilla contaba con la amistad leal de Juan Arana, que le acompañaba cuando coincidían en la ciudad.

7 • En las tinieblas exteriores. Horizontes americanos para Javier

En octubre de 1990 empezó el curso de nuevo en la Facultad de Sevilla, y volvimos a encontrarnos otra vez allí casi todos. Jesús de Garay había pedido la excedencia como profesor en la Facultad y se había ido a Madrid, algunos estudiantes que eran numerarios, habían dejado la institución, y quedábamos como profesores en la Facultad una numeraria, un supernumerario, Arellano y yo.

Yo tuve una depresión de dos años, el tiempo que suele durar un cuadro de duelo, y en ese periodo viví con una extraña sensación, que aún no he tenido ocasión de comentar con un psiquiatra y no he logrado descifrar del todo: la sensación de haberme quedado sin cara, la sensación de no tener cara, que es muy diferente, más íntima y profunda que la sensación de desnudez.

Casi todas las semanas iba un día a comer a casa de Javier e Inma, en la calle Rodrigo de Triana, a jugar con los mellizos, Eduardo y Rocío, que nacieron por entonces, y con Ignacio, que nació poco años después. Yo me sentía allí en mi casa y ellos sentían que yo completaba de algún modo la familia.

Ellos, como todos los que habían abandonado el Opus Dei, estaban oficialmente en las tinieblas exteriores, casi abocados a la condenación eterna, y yo pasaba la vida con todos ellos porque eran mis amigos, y en cierto modo eran mi familia.

Javier ya había realizado una estancia de investigación como profesor visitante en 1985-1986, en Columbia University (New York), donde tuvo

como anfitrión a Lambros Comitas, director del Institute of Latin American and Iberian Studies, que me había acogido a mí como anfitrión en el curso 1979-80. Se hicieron muy amigos y a partir de entonces formamos un triángulo amistoso al que se acogieron otros alumnos y doctorandos de Javier y míos en sus estudios americanos.

Después de 1990, alejarse de Sevilla, respirar nuevos aires y abrir nuevos horizontes era lo más saludable para él. Así, realizó otra estancia de investigación como profesor visitante en 1991-92, en MIT (Cambridge, Ma.) y en Northwestern University (Evanston, Il.). Y todavía, en el curso 2005-6, llegó a lo que para él era el *sancta sanctorum*, profesor visitante en Oxford University, que en sus fantasías era el más excelso de los clubes británicos.

En la década de los 90 Javier se concentró en el estudio de los asuntos más propios de su cátedra, la filosofía alemana de los siglos XIX y XX, y el resultado fue un montón de buenos libros: *Friedrich Nietzsche. Estudio sobre vida y trascendencia* (Barcelona: Herder, 1990), *Elogio de la riqueza. Elementos de filosofía de la economía* (Barcelona: Tibidabo Ediciones, S.A., 1991), *Los límites de la razón. Estudios de filosofía alemana contemporánea* (Madrid: Tecnos, 1992), *La Conciencia Romántica. Con una antología de textos* (Madrid: Tecnos, 1995), *Corrientes actuales de filosofía. La Escuela de Frankfurt. La Filosofía Hermenéutica* (Madrid: Tecnos, 1996), *Corrientes actuales de filosofía (II). Filosofía Social* (Madrid: Tecnos, 1997).

En esos años yo había llegado a convencerme de que el Opus Dei era un cuerpo sin alma, sin esa comprensión del cristianismo sobre la que Javier y yo habíamos conversado y pensado en los 80, y que él había plasmado en su libro sobre Nietzsche, siendo todavía numerario, a mi modo de ver mucho más amplia y plenamente que en *Modernidad y cristianismo*.

Yo había llegado a comprender que ese ideal, esa comprensión del cristianismo, no tenía ya más domicilio que mi mente y la de Javier, y tenía la certeza de que mi persistencia en el Opus Dei no tenía ningún sentido. Más aún, cada vez me convencía más de que era dañina, porque alentaba a otros a persistir, para una vida inútil, vacía y llena de sufrimientos y sinsabores.

Sentía que tenía el deber moral de marcharme, pero no daba el paso. Hasta que en junio de 1996 lo di. No fue un acto reflexivo, sino instintivo, como el empujón que, en su inconsciencia, da con el pie sobre el fondo el que

se está ahogando, y de pronto sale y respira. Estuve varios días sin atreverme a decírselo a Javier e Inma, y no se lo dije en la comida inmediatamente posterior, porque me daba a la vez vergüenza y miedo. Y en la siguiente comida les conté.

Después de eso, hicimos planes para mi vida, encontré pareja, me casé en Pamplona, vinieron a mi boda, como todos los amigos de la Facultad, tuve una hija, e instalé mi domicilio familiar en mi estudio, que era realmente una vivienda familiar, en Avda. de Manuel Siurot 3, bloque 5, 2^o-5.

Javier se dedicaba a escribir sus libros y yo los míos, y generalmente nos pasábamos nuestros originales y nos contábamos los problemas que teníamos con las editoriales.

Así vivimos el episodio de la muerte de nuestro amigo Antonio Ruiz Retegui, todavía sacerdote numerario del Opus Dei, sobrevenida repentinamente en Madrid, a causa de una hemorragia cerebral, el 13 de marzo de 2000. Yo iba a ir a recogerlo a Madrid, porque proyectábamos que pasara unos días en mi casa de Sevilla, pero ya no hubo ocasión.

Javier y yo fuimos a su funeral y a su entierro. Algunos de los directivos de la institución se acercaron en tono circunspecto y apesadumbrado a nosotros, para explicarnos que no se había podido hacer nada, que todo intento de recuperación de Antonio había sido inútil, y como para darnos el pésame. Un pésame que fue recibido y devuelto. Un pésame que fue recíproco, pero que fue. Pues el pésame se les da a aquellas personas a las que se les muere alguien. A nosotros se nos había muerto alguien y los demás nos daban el pésame porque lo reconocían como uno de los nuestros.

Al salir del cementerio, la hermana predilecta, amiga y confidente de Antonio durante muchos años, nos dijo también: vosotros sois quienes más le habéis ayudado, quienes mejor le habéis comprendido, quienes más le habéis hecho compañía. Muchas gracias.

8 • El último cobijo institucional

En octubre de 2000, después de la muerte de Antonio Ruiz Retegui, yo me fui a vivir con mi familia a Valencina, la cornisa fluvial que se extiende al oeste de Sevilla, en la margen derecha del Guadalquivir. En 2004 me divorcié, y a partir de entonces Javier y yo nos distanciamos física y existencialmente.

Pero como la confianza entre ambos era total, aunque no compartíamos la misma vida, nos la contábamos. Necesitábamos saber cada uno del otro, si le iba bien o mal a cada uno. Necesitábamos contarle al otro y saber del otro, porque cada uno era para el otro algo así como un hermano mayor, como una autoridad a la que hay que informar para sentir a salvo lo que se ha vivido, para tener el acuse de recibo del otro, y darle así un refrendo de realidad y de autoconciencia. Al menos, así era en mi caso.

Me contaba Javier que, al dejar el Opus Dei, había perdido el interés por la filosofía, porque eligió esa carrera para desarrollar unas tareas de cristianización en esos cuadros institucionales, de manera que, sin esa estructura, se sentía como el caracol fuera de la concha. Pero fue un desaliento momentáneo, porque su pasión por la filosofía y el cristianismo eran tan intensas que parecía que no podía vivir sin eso. Y en efecto, cuando empezamos a recuperarnos del golpe, del duelo y del desconcierto, volvimos a las andadas, a nuestra comprensión de la filosofía y del cristianismo.

Inicialmente creyó que encontraba cobijo institucional en Ediciones Encuentro, donde publicó tres libros importantes para él: *Hypokeimenon. Origen y desarrollo de la tradición filosófica* (Madrid: Encuentro, 2003), *¡Usted Primero! Filosofía de las buenas maneras* (Madrid. Marova, 2004) y *El Duelo de Athenea. Reflexiones filosóficas sobre guerra, milicia y humanismo* (Madrid: Encuentro, 2008). Después ya no encontró la misma acogida, buscó otras editoriales, y al no encontrar nada, o bien nada que le resultara satisfactorio, decidió editarse sus propios libros en Amazon.

Ignoro si hubo algún tipo de decepción mutua entre Ediciones Encuentro y él. Tengo la idea de que sí hubo algo parecido a eso cuando intentó colaborar con su parroquia, participando en las clases de catecismo como catequista de los niños.

Le preocupaba que la formación religiosa que habían recibido sus hijos en el colegio estuviera desprovista de contenido doctrinal consistente, y de que ocurriera lo mismo en las catequesis.

¿Qué sabéis de Dios, qué os han enseñado? Y me dicen: nos han enseñado que Dios nos ama. Y ya está, Jacinto. ¿Tú crees que eso es formación cristiana?

Con esa idea empezó unas clases de catequesis en que se proponía ex-

plicar quién es y cómo es Dios, qué es la gracia, qué son los sacramentos, etc. Llegado un momento, el sacerdote coordinador de la catequesis le dijo: No, no, déjelo. No se trata de eso.

Creo que después de ese desencuentro con la editorial y con la parroquia, es cuando se concentró en publicar por su cuenta sus libros de la última etapa, de contenido doctrinal consistente, y netamente filosófico y teológico. *¿Alguien entiende a Dios? Reflexiones sobre el Catecismo de un profesor de filosofía* (Madrid: Sekotia, 2014), *Hegel. Introducción e interpretación* (Sevilla: KDP-Amazon, 2019), *Metafísica* (Sevilla: KDP-Amazon, 2019), y *Fundamento o Abismo. Filosofía y crisis de la teología contemporánea* (Sevilla: KDP-Amazon, 2019).

La acogida que no tuvo por parte de una institución religiosa oficial, la tuvo, y muy ampliamente, por parte de una institución más bien periférica, la Hermandad del Rocío de Triana. Ahí se encontraba a sus anchas su alma de hombre campero y de señorito terrateniente, y ahí se encontraba con los suyos, con “su gente”, como dicen los rocieros.

Por otra parte, también tuvo una acogida institucional menos periférica, gracias a Juan Arana, con quién le unía la más estrecha amistad desde que se encontraron en Sevilla en 1983.

Juan Arana es un hombre dotado genéticamente de instinto de organización, sabía siempre cómo moverse en una institución pública y privada, y cómo moverla. La Facultad de Filosofía de Sevilla, el Departamento de Filosofía, la Capellanía de la Universidad, el Seminario Diocesano, la Universidad de Navarra, La Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, las fundaciones que podían apoyar sus actividades, etc. Le gustaba mandar, pero no como presidente o jefe, sino como su asesor o su consejero. Jacinto, a mí me gusta estar detrás, en la sombra, y hacer desde ahí.

Juan tenía amistad con los directivos de las instituciones, podía organizar actividades con todos, generar sinergias productivas entre todos y sentirse cobijado y cobijar a sus amigos ahí.

Ese era el punto fundamental, hacer cosas con sus amigos y para todos ellos. Cuando creó con Paco R. Valls el seminario y la revista *Naturaleza y Libertad* en 2012, logró formar el grupo de estudio con el que soñaba desde su llegada a Sevilla. La falta de un grupo que se experimentara a sí mismo como

tal, como él lo había pensado, la sentía como una frustración y un fracaso en sus ideales universitario, y así lo cuenta en “Proyectos, amistades, discusiones. Homenaje a Jacinto Choza”, su contribución al libro de homenaje que me dedicaron cuando me jubilé.

En la necrológica que publicó en *ABC de Sevilla*, el 24 de noviembre, “Historia de un hombre sabio y bueno. Javier Hernández-Pacheco”, aparece cómo sintonizaron y cómo gozaron cada uno de la admiración y afecto del otro, como partidarios de causas perdidas. Compartían unos ideales que sintieron inviables, pero en eso celebraron muy gozosamente la amistad, y disfrutaron momentos y temporadas inolvidables.

Ahí encontró Javier el cobijo intelectual e institucional que necesitaba. Ese grupo se desplegaba, gracias a la capacidad gestora y organizadora de Juan, en seminarios conjuntos con la Universidad de Ávila, en las jornadas filosóficas de Ribadesella que organizaba Alejandro Llano con los amigos comunes, en colecciones de libros de la Editorial Biblioteca Nueva, en colaboraciones estables con el Seminario diocesano de Sevilla, etc.

Javier nunca fue a Ribadesella, donde Alejandro Llano invitaba a sus amigos, ni volvió a la Universidad de Navarra, aunque decía que estaría dispuesto a volver si se le invitaba en determinadas condiciones.

Aparte de Ribadesella, en los demás grupos Javier podía sentirse arropado y escuchado, y podía sentir que su trabajo tenía como destino una audiencia atenta y digna, a saber, quienes mandaban realmente en la Iglesia. Esos eran los interlocutores a los que podía dirigirse para transmitirles el arsenal de doctrina contenido en todos sus libros.

En 2003, después de sedimentar mi golpe y mi transición, empecé a hacer mi ajuste de cuentas con el cristianismo y con su historia, y escribí *Metamorfosis del cristianismo. Estudio sobre la relación entre religión y cultura*.

Al dejar el *Opus Dei*, yo tenía que asumir de un modo nuevo el cristianismo y la Iglesia, y lo hice de un modo bastante parecido a como lo hice a mis quince años, estudiando bachillerato superior en Huelva, cuando decidí ser filósofo, ser liberal y ser cristiano. Así lo hizo también Javier en *Moderidad y cristianismo*, pero yo lo hacía ahora sin tono revolucionario y sin una cubierta tan provocativa como la de aquel libro suyo.

Entendía y entiendo que las religiones están más determinadas por

sus épocas que por sus mensajes fundacionales, por lo cual tienen que volver siempre a sus orígenes, que en el cristianismo su origen es la eucaristía y lo demás son ropajes de épocas, y que lo único importante era situar la libertad personal en ese principio en una mirada cara a cara.

Años más tarde Javier me contó la causa de nuestro distanciamiento. Por una parte, después de mi divorcio, ni Inma ni él querían conocer las diversas novias que tuve. Por otra parte, mi libro le había causado una impresión negativa. Me dijo, Jacinto, cuando lo leí pensé, por aquí, no. En esto ya no te sigo.

Volver al principio es quitar lo rígido y seco y conectar a la vida personal con lo más vivo, originario y sagrado. La afirmación de lo rígido y seco se puede llamar esencialismo, y el intento de insuflar vida nueva se puede llamar relativismo y subjetivismo. Quizá nos ubicamos en esas dos posiciones, y quizá cada uno veía al otro en el polo opuesto. De todas formas, Javier siempre tenía la capacidad de unir ambas perspectivas en su consideración de la libertad como la fuerza de realización de la esencia, y yo también, pero de otra manera. Yo veía la parte aún no descubierta y aún no realizada de la esencia como el horizonte y el sueño de la libertad. De todas formas, estas matizaciones son más propias de otros lugares que de una necrológica, y quedan remitidas a ellos.

Él, en la posición de las causas perdidas, las autoridades institucionales y la doctrina consistente. Yo, en la de la vida de la gente corriente, la de su coordinador de catequesis. Quizá por eso me consideraba un peligro para la Iglesia, aunque no estoy seguro.

Los criterios de ese coordinador de catequesis podían estar determinados por una formación sacerdotal, que ya no tenía como criterio determinante el de la colección de manuales de los estudios institucionales que editó EUNSA en los 80. Su formación se basaba probablemente en los criterios establecidos treinta años atrás en la Constitución Apostólica *Sapientia Christiana* de Juan Pablo II 1979, ampliados después en la Constitución Apostólica *Veritatis gaudium* del Papa Francisco de 2018.

Quizá lo que había detrás del desencuentro de Javier con el encargado de catequesis de su parroquia, y conmigo, era el efecto que, 30 años más tarde, empezaba a tener, en el clero diocesano, aquella ordenación de los estudios sacerdotales en los que se daba prioridad a lo transmitido históricamente y a lo experimentado vivencialmente, sobre la dogmática sistemática,

o sea, se daba prioridad a la fenomenología y el existencialismo sobre la ontología clásica.

Es posible que, después de 20 o 30 años, se hubieran acercado los puntos de vista, antes enfrentados, de los filósofos de la Universidad de Navarra de los años 80 y los de la Universidad de Sevilla, en concreto, los de Alejandro Llano y Javier Hernández-Pacheco, en la comprensión y afirmación de un cristianismo clásico, doctrinal y consistente, con prioridad sobre la libertad y la vivencia del amor.

Obviamente, para sentir inclinación hacia la ontología clásica y sintonía con la autoridad oficial de la Iglesia, o bien hacia la fenomenología contemporánea y la gente corriente, no hace falta haber leído la Constitución Apostólica *Sapientia Christiana* y sentir sintonía o rechazo hacia ese texto.

Tampoco hace falta haber leído a Juan Pablo II para inclinarse por dar prioridad a la persona sobre la norma objetiva. Pero una vez conocida la letra pequeña de la historia, se pueden describir en términos académicos la posición de Javier y la mía, por referencia a ese documento. Javier no simpatizaba con esas directrices, y yo sintonizaba con ellas plenamente.

9 • Variaciones sobre el cristianismo. Últimos debates

Las diferencias entre Javier y yo resultaban más claras en el terreno de los asuntos públicos y la política. Desde que me divorcié, cada vez iba menos veces a comer a su casa y nos veíamos menos. Alguna vez iba, pero la sobremesa era corta, él la concluía para poder trabajar algo después.

En una de esas comidas, me expresó su extrañeza por mi valoración de algunos acontecimientos de la vida del país. Jacinto, pero tú, no puedes ver a los socialistas, y sin embargo te da igual el aborto. Pacheco, pues..., pues..., yo no sabía qué decirle.

Como declara Aristóteles, amigos son los que se alegran y se entristecen con las mismas cosas, y su tristeza e indignación ante el aborto no encontraban en mí el eco que deseaba y que tal vez necesitaba. En efecto, nuestra distancia se hacía clara, porque yo no entendía que alguien pudiera condicionar su visión política del país en su conjunto, a un asunto tan particular como ese.

En el 2013 fue elegido papa Francisco I, y eso Javier lo llevaba especialmente mal. Jacinto, cuando miro al papa Francisco lo que veo es a Nicolás Maduro en el Vaticano.

¡Pacheco! Yo lo que veo es que poco a poco la Iglesia va dando prioridad a la autonomía de las conciencias, a la persona, sobre las normas... Paco Valls, presente en ese momento, matizaba, sí, sí, pero no porque él tenga intención de llevar las cosas por ahí...

En cualquier caso, se puede creer en la astucia de la razón, que desde otra perspectiva puede verse como el Espíritu Santo, y se puede creer que es capaz de conducir bien a la Iglesia, aunque Francisco sea un papa peronista, como dice *The Economist*, o un papa populista, como dice el filósofo argentino Sebrelli.

Para Javier, era fundamental mantener la norma pública que impide a la conciencia autónoma actuar mal, pecar, y también mantener la doctrina que apoya la vigencia civil de esa norma con medidas penales públicas. Las normas que impiden el aborto, la eutanasia, la autodeterminación de la identidad de género. Quizá también por eso se sentía abogado de las causas perdidas.

En los últimos diez años, cuando los dos hemos escrito y publicado más, él me seguía dando sus libros. Yo los ojeaba, me parecían muy buenos, algunos me gustaban, mucho, me seguían entusiasmado, y otros me parecían que exponían, profunda y brillantemente, tesis doctrinalmente consistentes.

Pero yo no le daba todos los míos. Los que pensaba que le iban a enfadar si los leía, o que no los iba a leer, no se los daba. Le di *La oración originaria: La religión de la Antigüedad*. Pacheco, esto es mi visión del cristianismo, mi respuesta a la pregunta, “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

Bueno..., este sí te lo voy a leer. Lo leyó, y comentó, bueno, esto no estaba en el manual... y nada más. Ningún elogio y ninguna crítica. Tampoco me dijo nada después de leer *Metamorfosis del cristianismo*, sino diez años después.

En el que quizá fue el último texto que escribió, “De pandemias y otros daños. Reflexiones optimistas sobre la caducidad de la vida”, que le encargué

en junio de 2020 para el XXI seminario de las Tres Culturas, que se celebraría en la Universidad de Málaga el 26-27 de noviembre de 2020, Javier mostró su perfil de siempre. El tono del texto, que se puede consultar en internet buscando ese título, es el de *Modernidad y cristianismo. Ensayo sobre el ideal revolucionario*, de 1989.

Ahí se le ve como un revolucionario y a la vez como un conservador, como un hombre que ama el mundo apasionadamente, con el cristianismo que él aprendió en el Colegio Mayor Moncloa en los años 70. Mantiene su ideal nietzscheano del superhombre, de la continua superación, expresado en la máxima “Dios quiere dioses”, que Juan Arana no compartía. En ese texto es donde se puede percibir la muerte de Javier como una muerte heroica, en el campo de batalla, como a él le hubiera gustado, y como realmente ha sido.

La conferencia proclama la superioridad y el triunfo de la libertad y la cultura sobre la naturaleza, el triunfo de las vacunas sobre el virus, y el salto adelante que la pandemia del Covid-19 supondrá sobre la fase anterior. Vuelve a insistir en que el progreso material es progreso moral, y, por otra parte, señala que la sociedad de la pandemia no ha aprendido todavía a resolver adecuadamente problemas como los del aborto y la eutanasia.

Pero esa proclamación de optimismo y de esperanza revolucionarios, no la pudo realizar él. La conferencia tuve que leerla yo el 26 de noviembre, porque él nos había dicho adiós desde la UCI del hospital Infanta Elena de Sevilla el día 17. Y la leí con la voz quebrada, lo mejor que pude, porque él ya no estaba.

También yo, después de *Metamorfosis del cristianismo*, escribí mis libros sobre filosofía de la religión, con la misma actitud de amor al mundo, de llevar la vida real de la gente corriente y de nuestros hijos, en su libertad, ante el espíritu cristiano, ante el principio originario. Así es como habíamos sentido y soñado los dos que había que hacerlo en los años 70 y 80, y así lo seguíamos sintiendo en 2020.

En los últimos años, después de que me jubilara, y teniendo una tremenda sensación de final de partida, comíamos juntos algunos días porque yo quería preguntarle si él tenía la misma sensación.

Le pregunté varias veces qué impresión tenía de la vida, de la suya, y me dijo que no le quedaba nada por hacer, que estaba muy satisfecho de todos

los momentos de su vida, y que le daba muchas gracias a Dios por toda ella.

La familia está en orden, la casa, pagada hace tiempo, los niños, cada uno en su sitio, y...bien. Profesionalmente he cumplido. He hecho mi aportación a la filosofía, he mostrado que en ningún momento hay ruptura, que hay una unidad y una continuidad perfecta desde Aristóteles a Hegel. Ése fue su modo de decir “todo está consumado”.

Por debajo de la vida cotidiana, de los posicionamientos y las opciones que uno toma, que acercan y separan a unas personas de otras, hay algún tipo de amistad que no depende de lo que cada uno haga y lo que cada uno piense, sino del ser, como es la relación de las madres con los hijos. Una amistad que es comunión simple en el ser personal, una comunión que se forma, que es, que está y que queda siempre. Creo que Javier y yo teníamos esa amistad.

La muerte también se puede vivir así, como dice Rilke: Señor, “dale a cada cual su propia muerte, esa de la que tenía exigencia, vocación y sentido”.

La vida se puede vivir y mirar como un periodo finito, desde el otro lado, con una paz muy grande y con una comprensión muy entrañable. A veces yo la veo así. No por eso tengo ganas de terminarla pronto, como los místicos, no es desde una vivencia expresada en el “que muero porque no muero” desde donde se ve la finitud tan solo.

Yo puedo ver la finitud de la vida de Javier como la de mi hermano mayor, muerto hace años, y como la mía. Puedo hablar con ellos en su intimidad, y lo hago, igual que cuando estaban vivos, o más.

Puedo entender la experiencia de la muerte de Javier como desgarro, como la cuenta Higinio Marín en su blog *Mundus*, y vivirla así algunas veces, pero no siempre, porque unas veces vivo el desgarro, y otras, la vivo como el “todo está consumado”. Y no se pierde en este segundo caso, la terrenalidad y unicidad de esta vida.

Javier murió el 17 de noviembre. No he visto a Inma ni a los niños desde entonces. Cada año, el 24 de diciembre Javier me llamaba por teléfono a Madrid, para felicitarme la Navidad desde Mérida. Cuando llegó el día 24 llamé a Inma por la mañana. No me salió nada de lo que tenía en la cabeza para decirle. No salió nada de eso. El llanto no me dejaba. Inma... y solo me salían palabras entrecortadas entre sollozos...

Ahora puedo recordar a Javier junto a mis amigos que se marcharon, empezando por Antonio Ruiz Retegui, y puedo formar una fila añadiendo a

Manolo Pavón, Gorka Vicente, Isabel Ramírez, Raimon Panikkar, y don Leonardo Polo. Puedo llamarlos mis muertos, y mirarlos como vida de mi vida. Y puedo situarme en la misma fila que ellos forman, y sentir, como decía y hacía Javier, ganas de aplaudir, de aplaudirle a ellos por su vida, y de aplaudirle a Dios también, por eso mismo.

Thémata.

Revista de Filosofía

